

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 20 de la popular
publicación semanal de

BIOGRAFIAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía
del malogrado artista

MAX LIND

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones la
tenemos cedida a la SOCIEDAD GENERAL ES-
PAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS
Y PUBLICACIONES, S. A. - Barará, 16, BARCE-
LONA.-Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN

E. VERDAGUER MONTAÑA.-TOPETE, 16.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Núm. 186

25 cénts.



¡DISPENSE USTED!

por Norma Shearer,

Conrad Nagel, etc.

Filmoteca

de Catalunya

GOULDING, AED

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA



AÑO IV

N.º 186

¡Dispense usted!

(EXCUSE ME, 1924)

Sugestiva producción cinematográfica
basada en la famosa obra de RUPERT
HUGHES, interpretada por los
distinguidos artistas

Norma Shearer, Conrad Nagel,
Renée Adorée, Bert Roach

Producción METRO GOLDWYN

Exclusiva de
METRO GOLDWYN CORPORATION
Rambla Cataluña, 122 Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
AMLETO NOVELLI



¡DISPENSE USTED!

Argumento de la película

En la suntuosa mansión de los Newton de Chicago, se celebraba aquella tarde una gran fiesta, a la que asistían las figuras preeminentes de la buena sociedad.

Entre tan distinguida concurrencia figuraba el brillante oficial de la armada, Harry Mallory, recientemente ascendido a teniente de fragata.

Harry bebía los vientos, terrestres y marítimos, por la hija de los Newton, la encantadora, divina, melosa e irresistible Marjorie; y ésta le correspondía en sus ansias amorosas.

Durante la reunión, los compromisos inherentes a la etiqueta impidieron a Harry el placer de retener a su lado a su novia, viéndose obligado a esperar a que terminase.

Marjorie sentía en el alma que sus invitados fueran un obstáculo para su dicha junto a Harry, y como éste, esperaba la hora de la despedida.

Al llegar ese anhelado momento, Harry susurró al oído de Marjorie, después de haber

apartado con irresistible brusquedad a varias señoras y señoritas, que se escabulliera un momento al jardín, antes de que él se marchase; pues tenía que decirle una cosa muy importante, tan importante que de lo que ambos decidieran dependía su mutua felicidad.

Harry no hizo caso de las miradas que le dirigían algunos invitados por haber sido pisados sus relucientes zapatos por sus torpes pies y estuvo esperando ansiosamente el instante de la entrevista a solas con su amada.

Lo que Harry tenía que decirle a Marjorie era muy desagradable para ambos aunque ello pudiera ser el pretexto que adelantase sus proyectos con inusitada rapidez.

—¡Adiós, adiós, vida mía, tesoro mío, alma de mi alma!—exclamó Harry al estrechar en sus brazos a Marjorie, en la soledad del jardín de la casa de ésta envuelto en las aromas de las flores y la acariciadora brisa.

—Pero ¿es cierto que te marchas, Harry?

—Sí, mi bien; una orden superior me obliga a separarme de ti.

—No puede ser tan pronto, Harry. No te vayas hasta mañana, corazón mío.

—¡Imposible! ¡Oh, cuánto lo lamento, mi gloria!

—Si tú quisieras, podrías obtener un permiso.

—Sería inútil solicitarlo. Lee este documento oficial.

Marjorie se impuso del mismo. Decía así:
Asunto: CAMBIO DE DESTINO

Como recompensa a la pericia demostrada por usted en el ramo de aviación, se le ha ascendido a teniente de fragata y destinado al crucero "Gloria" que zarpará de San Francisco de California el 13 de julio con rumbo a las Filipinas.

—¡Qué contrariedad, Harry! — comentó Marjorie.

—¿Qué no haría yo por estar siempre a tu lado, mi nena! El deber es el deber. Debo obedecer. Ya he perdido tres trenes, y si el que sale esta noche llegara a retrasarse, soy hombre al agua.

—Pues si partes... yo también iré contigo.

—¿Qué dices?

—¡No puedo consentir que te vayas solo!

—¿Quieres que nos casemos, mi ángel?

—¡Sí, Harry! No viviría durante tu ausencia, pensando que puedo perderte para siempre...

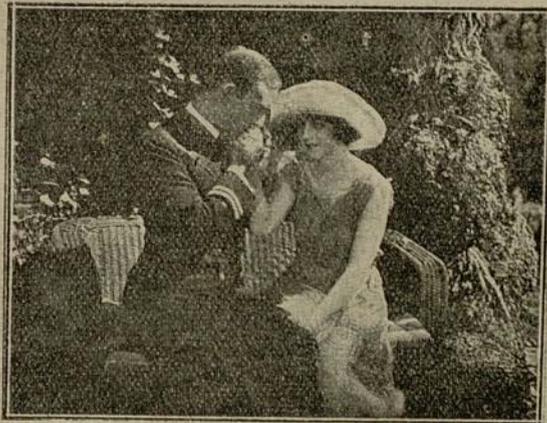
—¡Encantado! Voy corriendo a prepararlo todo para que dentro de poco scamos tú y yo marido y mujer. ¡Qué alegría! ¡Qué sorpresa! ¡Eso es demostrar que me amas, mi lucero!

Marjorie sonreía ante la felicidad que saboreaba de antemano su novio, y éste, mirándola con arrobos, la atrajo con frenesí junto a su pecho, y besóla apasionadamente.

Dos compañeros de Harry le esperaban en la casa, paseándose en aquellos momentos por el jardín; y a ellos se dirigió el que iba a ser próximamente marido de Marjorie, diciéndoles:

—¡Chicos, ya está: me caso! Necesito de vosotros. Tú, Smith, ve corriendo a cambiar mi pasaje por un reservado. Y tú, Brown, mientras yo voy a sacar la licencia para que pueda celebrarse el matrimonio, búscame un pastor que sea listo en echar las bendiciones.

Los tres oficiales de la armada se lanzaron



Marjorie sonreía ante la felicidad que saboreaba de antemano su novio...

cada cual a cumplir su cometido, y Marjorie, por su parte, arregló el equipaje y lo envió a una estación que no era la que correspondía, reuniéndose al poco con Harry.

Todo estaba a punto. No les faltaba más que casarse y correr a tomar el tren.

Las prisas a nada bueno conducen, y nadie mejor que Harry y su linda novia podrían afirmarlo, pues después de encontrarse con que la casa del pastor que debía casarlos, acababa de ser cerrada por la Comisión de Higiene, como medida profiláctica en vista de que había enfermos contagiosos, el "auto" en que subieron para llegar a tiempo a la salida del tren, chocó violentamente con un farol, después de destrozar un carretón de hortalizas, salvándose los ocupantes del coche por verdadero milagro.

En la estación, los dos oficiales camaradas de Harry, y varios amigos íntimos de los novios, los estaban esperando impacientemente, temiendo que el tren se largase antes de que ellos aparecieran.

El empleado de los coches-camas, enterado de que en el vagón de su incumbencia debían viajar, en reservado, los palominos que aquellas amistades esperaban, adornó el "aposento nupcial" según la costumbre implantada en América por el buen humor.

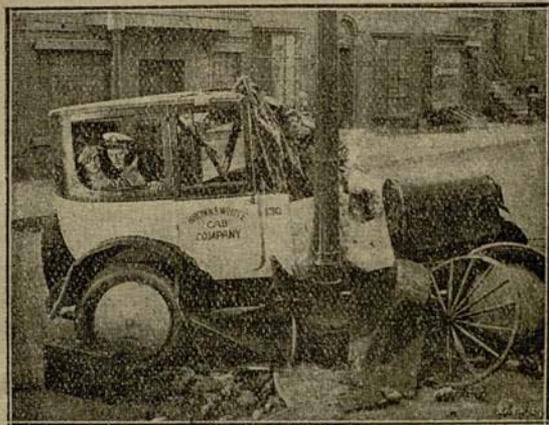
Por pura casualidad llegaron Marjorie y Harry a la estación unos segundos antes de la salida del tren. Sus amigos los saludaron efusivamente y, creyendo que se habían casado, deseáronles toda suerte de venturas en su nuevo estado.

Harry y Marjorie se miraron. Esta iba a confesar que no seguía a Harry, pues no habían podido unirse en matrimonio, pero como quiera que Harry vió subir en el coche a un

pastor, convenció a su novia a fingir que ya estaban casados, descontando casarse en el mismo tren.

Marjorie aceptó la proposición de Harry, y despidiéronse de sus amigos.

Los dos oficiales, que no vacilarían en echarse al cuello la soga del matrimonio si hallasen



...el "auto" en que subieron para llegar a tiempo a la salida del tren, chocó violentamente con un farol...

en su camino una mujercita tan sugestiva como la "esposa" de Harry, se acercaron a ésta y dijeron:

—Suponemos que no habrá inconveniente

en que cumplamos con la tradicional costumbre de besar a la novia.

Harry, prestamente, se puso delante de la que no era aún su compañera, y evitó la efusión de sus colegas, atribuyendo éstos la negativa de aquél a egoísmo de esposo celoso y terriblemente enamorado.

El empleado de los coches-camas invitó a Marjorie a subir al vagón, pues el tren acababa de anunciar con su estridente silbato la partida, y Smith aprovechó la ocasión para entregar a Harry, que tenía un pie en el estribo del coche y el otro en el andén, una carta.

—Es de Francine, la novia que conociste en Francia; se me había olvidado dártela—le dijo por lo bajo.

Marjorie vió como Harry se metía el sobre en el bolsillo de su chaqueta, y no dejaría de preguntarle más tarde de quién era ese escrito.

Chirriaron los herrajes del tren, y pronto se hallaron los prometidos lejos de la ciudad.

Marjorie se había negado a entrar en el reservado con Harry antes de que el pastor que él había visto los hubiera casado.

Por esa razón, Harry buscaba por todas partes al cura, sin poder dar con él.

—Qué raro... Pero si yo le he visto subir en este vagón—se decía mientras registraba todos los rincones.

Marjorie aguardaba a su novio con el empleado de los coches-camas, que no se rubori-

zaba por nada, pues era negro de pura cepa y sabía ganarse las propinas. La tardanza de Harry la ponía nerviosa y en su espíritu de niña mimada tomaba cuerpo una duda... ¿Sería Harry capaz de negarse a casarse con ella? ¿Por qué, si no, demoraba tanto el acto?

Después de buscar inútilmente, Harry creyó, al fin, encontrar al pastor al extremo de un corredor atisbando el paisaje detrás de los cristales de una ventanilla. Pero se llevó chasco: ¡era un annamita, que desconocía el inglés en absoluto!

—Dispense usted...—díjole Harry al comprender su error—. Creí que era usted un cura protestante. Su traje se parece mucho al que llevan los pastores.

El indochino, asombrado, respondió de modo muy elocuente, como lo pueden ustedes juzgar:

—¡Poong Tow! ¡Squow Sploosh! ¡Ming-jong! ¡Pow-wow!

Total: una calamidad más.

Desalentado, Harry volvió al lado de Marjorie, y entró en el reservado, accediendo ella a seguirle por no llamar la atención del resto de los viajeros.

El empleado de los coches-camas acompañó a los seudos recién casados a la “cámara nupcial” provisional, y sonrió al enseñarles los adornos típicos, confiando en verse recompensado con una buena propina.

Error. Harry no se dió por aludido. Las cintas y todo cuanto le recordaba el frustrado

tante vieja y fea por cierto, pero muy buena, a la que le dió por llamarme su *bebé*. Ya debes saber que las francesas, lo mismo las viejas que las jóvenes, son la nata de la amabilidad.

—¿La conociste en Francia, dices? ¿Por qué, pues, se encuentra ahora en América? Esta carta ha sido escrita en nuestro país.

—Sí, sí, está ahora en los Estados Unidos; vino a pasar una temporada al lado de un nieto que tiene aquí—afirmó, con la mayor naturalidad, Harry, que se admiraba de ser tan buen comediante en tan crítica situación.

Pero Marjorie no era fácil de convencer, y prosiguió:

—No sé por qué, pero el nombre de Francine me da la idea de una mujer joven y bonita.

—¿Bonita? Además de ser vieja y fea es desdentada y habla así... *zopas... zahas... zí, zeñor...*

Marjorie se rió con Harry de lo cómica que era la "vieja enfermera", y durante un rato se olvidaron de que no estaban aún casados.

Pero ese rato fué breve. El mozo se encargó de devolverlos a la realidad, presentándose en el reservado para preparar la cama para los "recién enlazados"...

Marjorie tuvo deseos de huir, impidiéndolo Harry por no revelar la verdad ante el empleado.

—¿Cuándo llegaremos a la próxima estación?—preguntó Marjorie, decidida a apearse en ella.

—Mañana a la cinco y media de la madrugada, señorita, digo, señora—contestó el mozo, marchándose luego.

Marjorie ahogó un grito de sorpresa, y al quedar de nuevo a solas con Harry, se dirigió a la ventanilla y dijo nerviosamente:

—¡Saldré de este tren aunque tenga que tirarme por aquí!

—¡Por Dios, mujer, hazte cargo de que yo no puedo partirme en dos y convertirme en cura! Si me encontrase en otras circunstancias, te aseguro que saltaba del tren ahora mismo para no comprometerte con mi presencia. Pero si no llego a tiempo al buque, me fusilarán por desertor; y si tú me abandonas, me moriré sin necesidad de que nadie me mate.

—¡Quién iba a pensar que me sucedería esto!—exclamó Marjorie.

—Si llego a imaginar que nos iba a pasar esto, ten por seguro que no te llevo conmigo.

Marjorie y Harry se habían sentado en el borde de la cama preparada por el mozo. Muy preocupados uno y otro, cavilaban cada cual por su lado.

Harry pensaba en la misteriosa desaparición del pastor que viera subir en Chicago en el mismo vagón en que él y su novia viajaban. No era que el cura se hubiese evaporado, ni mucho menos, sino que, una vez en el tren, quitóse el cuello almidonado característico de los pastores protestantes, sustituyéndolo por una corbata improvisada con un chal finísimo de su esposa, y renunció al sombrero negro de

—Pero, Marjorie, por favor; considera que a los viajeros no dejará de parecerles raro que la misma noche de novios...

—¡Qué calamidad, Dios mío! Lo que tú dices es cierto; sin embargo, yo no puedo permitirte que te quedes *en mi cuarto* toda la noche.

—Haré lo que tú quieras...

—Hay un modo de salir airosamente del paso: fingiremos que hemos tenido un disgusto terrible.

—¡Pero tú y yo no podremos disgustarnos nunca, alma mía!

Inadvertidamente, Harry se dejó caer encima de la cama, y oyóse un quejido profundo.

—¿Por qué no te fijas antes de sentarte?— le censuró Marjorie, enojada, libertando a su perrito de la presión de Harry.

—¿Por qué te pones tan furiosa conmigo, Marjorie? Fué sin querer. Está a la vista que le tienes más cariño a ese faldero que a mí.

—¡Claro que sí! El pobrecito no ha tratado nunca de ponerme en ridículo.

Harry también subió de tono ante la dureza con que le trataba su novia.

—Ni falta que hace—contestó—. Tú misma te encargas de eso.

—¿Será posible que te atrevas a insultarme?

—Si crees que la verdad es ofensa...

—Me trajiste engañada aquí y sin la menor intención de casarte conmigo, ¡infame!

—¡Basta! Buenas noches. Mañana hablaremos con más calma.

Harry salió del reservado, y preguntó al mozo si quedaba alguna cama disponible.

—Todas las literas están tomadas, señor—respondió el empleado que, como los demás viajeros, había oído el rumor de la disputa del *joven matrimonio*.

—¿Dónde podré pasar la noche? ¿Hay sitio en el lavabo?

—Sitio, puede que sí; pero comodidad, ninguna...

Los viajeros se habían acostado, y al oír a Harry se asomaron a las cortinas de sus literas para contemplar al novio que no dormía con la novia la primera noche de bodas, como si fuera un animal raro.

Eso aumentó el malhumor de Harry, y huelga decir que pasó una noche de la que se acordaría toda su vida.

El beodo hizo de las suyas, molestando a la vecina de abajo, pues no podía conciliar el sueño. Cuanto más bebía menos olvidaba lo que le interesaba olvidar. ¿Una pena de amor?

Se reunió en el lavabo con Harry, compadeciéndole por haberse casado.

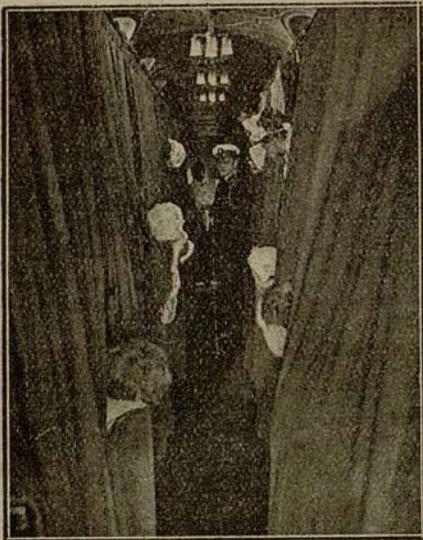
Por su parte, Marjorie se dejó vencer por el sueño, durmiendo a pierna suelta toda la noche.

*
* *

La rosada aurora sucedió a la negra noche. Los viajeros comentaban entre sí el curioso caso de Harry y Marjorie, que no habían pa-

sado la noche juntos. ¡Qué novios más originales! Bien empezaban la vida matrimonial.

A la hora del desayuno, Marjorie y Harry se sentaron a la misma mesa, y cambiaron las menos palabras posibles. Lejos estaban antes



Los viajeros se habían acostado, y al oír a Harry se asomaron a las cortinas de sus literas para contemplar al novio que no dormía con la novia...

de creer que la primera vez que se desayunaran juntos sería de esta manera.

Harry trató de romper el fuego, pero no pudo. Estaba muy resentido con Marjorie.

Esta lo hizo por él:

—Si fuera verdad que me quieres, ya habrías encontrado quién nos casara. Por lo tanto, lo mejor que puedo hacer es irme a casa de mi madre.

—Pero, amor mío, yo no puedo vivir sin ti; y la armada no puede prescindir de mí—dijo, sinceramente, Harry, procurando disuadir a Marjorie de su idea de abandonarle.

—Sí, sí, ya sé que cualquier buque de guerra de esos en que navegas vale para ti más que yo; hazme el favor de prestarme algún dinero y me iré a casa en seguida.

—¿Insistes en separarte de mi lado? Pues bien; toma. No puedo rehusarte lo que me pides...

—¡Grandísimo avariento!

—¿Por qué?

—¿Lo negarás todavía? ¡No me quieres y hasta me das dinero para que me vaya y te deje en paz!

—Pero... ¿quieres que me vuelva loco?...

Fué inútil. Irritada, Marjorie se apartó de Harry, yendo a esconderse en un rincón del coche.

Harry volvió al reservado, encontrándose con una conocida que llegaba oportunamente para agravar su situación.

—¡Harry! ¡Soy Francine! ¿No me recuerdas?

—¡Mi madre! — exclamó Harry para sí.)
¡Qué sorpresa!

—¿Y a éste, no le conoces, verdad? Es mi hijo. Le puse Harry, por ti.

—Gracias, muchas gracias por la buena intención.

Sin poderlo él evitar, Francine y su hijito entraron en el reservado de Harry y Marjorie, y se acomodaron en él preseiñdiendo de cumplidos.

Harry sudaba. ¡La que se armaría si Marjorie volvía de un momento a otro, antes de que él hubiese podido despachar a su antigua novia!

—¿Cómo tú aquí?—preguntó Harry.

—Leí en los diarios que pasarías por esta estación en este tren, y quise verte, para que me ayudes...

—Pero tú estás ya casada, y yo poco menos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Caramba!

El niño era travieso; más que eso. Para hacerlo callar, Francine le dió un caramelo enorme, sujeto a un palito para que el chiquillo fuera chupando, y con el dulce, el chico dió varios golpes en la cabeza a Harry, que de buena gana le hubiera hecho cosquillas en la cruz de los pantalones para que no repitiese la operación "nerviosa".

Francine justificaba las diabluras del chiquillo, comparándolo a Harry cuando éste estaba en Francia.

El teniente no estaba para bromas, y pro-

curó alejar a Francine y al chiquillo; pero la preciosa francesita hizo llamamiento al recuerdo y a la generosidad de Harry para que la protegiera.

—Lee esta carta, Harry, y verás lo que me



...pero la preciosa francesita hizo llamamiento al recuerdo y a la generosidad de Harry para que la protegiera.

ocurre.

Harry la leyó. Decía así:

Tu ex marido ha jurado quitarte el niño.

Mucho ojo con los detectives. Tu mamá afectísimamente,

Remedios.

—¡Tendría gracia que me quitase a Harry ese estúpido! ¿No te parece?

—Esas son cosas vuestras, Francine... Yo, pobre de mí...

—Tú me ayudarás. No dudo que vas a hacerlo. Dejaremos a esos detectives con un palmo de narices: te daré el nene y diremos que tú eres el padre.

—¿Eh? ¡DISPENSE USTED!

—Vamos, Harry, no seas malito para tu Francine... Hijito, dile papaíto a este señor.

El niño aprendió la lección en el acto, y a Harry se le erizaron los pelos al oírse llamar "papaíto" por la criatura. ¡Qué compromiso si Marjorie se enteraba!

Y ocurrió lo temible: Marjorie llegó en tan crítico momento.

Harry hubiese querido que la tierra se lo tragase.

El chiquillo se complacía en llamarle "papaíto", y Marjorie abrió desmesuradamente los ojos ante la supuesta paternidad de Harry.

—¿Eh? ¿Qué dice este niño?... ¿Cómo te llamas, monín?

—Harry—respondió el interesado, chupando tranquilamente el inagotable caramelo.

—¿Quién es esa?—continuó Marjorie señalándole al niño a Francine.

—Mi mamá—dijo el chiquillo—. Se llama Francine.

—¡¡Francine!!

Marjorie lanzó una carcajada de rabia feroz, y procurando aparecer tranquila, dijo a Harry, irónica:

—¿Con que ésta es la enfermera francesa vieja y fea y desdentada?

Harry no pudo articular ni una sola palabra en descargo suyo.

Menos impresionable, Francine, viéndose atacada, repelió la agresión:

—¿Desdentada yo? ¡Ahora verá usted!

La batalla estaba librada. Batalla de mujeres, en que los pelos son el blanco ideal. Harry se opuso a que la greña de una y otra sufriera desperfectos, y se esforzó en aclarar la personalidad de las dos mujeres a las mujeres mismas.

—Esta es mi esposa o poco menos—dijo a Francine presentándole a Marjorie.

Y a ésta:

—Francine es una antigua conocida mía a la que quieren dejar sin su hijo.

Marjorie dudaba de aquella explicación; pero Francine, rompiendo a llorar, la ratificó:

—Un malvado se ha propuesto quitarme al niño. Harry no lo quiere... Acéptelo usted, por favor...

Marjorie iba a complacer a Francine, pero más que por convicción por instinto de coquetería, plégole mortificar a Harry echándole en cara que era innegable que le interesaba mucho la francesita, y que el niño era su vivo retrato.

Harry se tiraba de los pelos, creyendo enloquecer por momentos.

Francine, viendo el cariz que tomaba el asunto, dejó solos a los novios, y entonces, Marjorie, furiosa, hizo una escena de celos al desesperado Harry.

—¡Eres un hipócrita! ¡Te aborrezco!



Harry se opuso a que la greña de una y otra sufriera desperfectos, y se esforzó en aclarar la personalidad de las dos mujeres...

—Vamos, vamos, nena, no seas así; ya verás como llega un cura de un momento a otro.

—¿Que yo me voy a casar contigo? ¡Ni aun que llegaran todos los curas protestantes del mundo con Lutero a la cabeza!

Precisamente en aquel momento subían al tren unos cincuenta curas, que se dirigían a la estación próxima, procedentes de una asamblea importantísima.

Ni Harry ni Marjorie vieron a esa nube de pastores. Su discusión no les daba tiempo de asomarse a la ventanilla.

Volvió a ponerse en marcha el tren, y Marjorie, dejándose dominar por los nervios, quiso demostrar a Harry que estaba dispuesta a todo menos a casarse con él, y se iba a arrojar por la ventana al vacío, deteniéndola a tiempo el asustado novio.

—¿Estás loca? ¡Domínate, insensata! ¡No saldrás de aquí sin haberte casado conmigo!

—Si me casara contigo, me tratarías a patos.

—Es precisamente lo que te hace falta.

—¡Anda, pégame!

—¡No me saques de mis casillas, Marjorie!

—¡Eres poca cosa! ¡Y te condecoraron por valiente... cobarde, un cobarde de primera es lo que tú eres!

Harry no pudo evitar una torpe violencia... Su mano descargóse en el rostro de Marjorie, al tiempo que ésta le maltrataba la nariz.

Súbitamente, Harry, arrepentido de su gesto, se disculpó ante Marjorie:

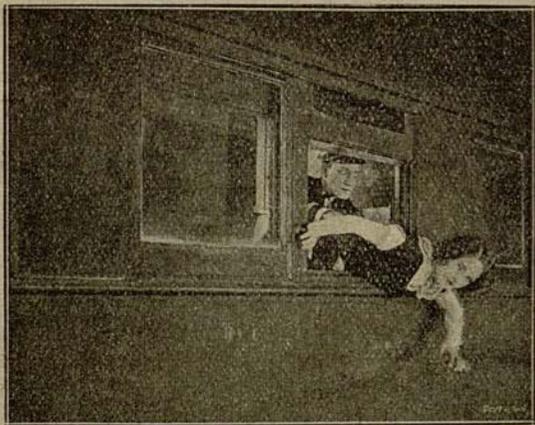
—¡Qué atrocidad! ¡Sólo de pensar que pude haberte dado un par de bofetadas siento escalofríos!

También Marjorie comprendió su ligereza, y perdonando, pidió perdón.

—Y a mí me parece una pesadilla el que haya podido dejarte la nariz hecha un tomate, vida mía.

Se abrazaron, locamente enamorados uno de otro.

El tren se detuvo en la estación en que debían apearse los curas protestantes.



...y se iba a arrojar por la ventana al vacío, deteniéndola a tiempo el asustado novio.

Harry y Marjorie tuvieron la suerte de verlos, y aquél, saltando de gozo, dijo a su novia:

—¡Ya está! ¡Al fin vas a ser mi mujercita! Voy a buscar a uno de esos pastores.

—¡Oh, sí, sí!

Saltó Harry del coche, y se dirigió a uno

de los sacerdotes, al que puso al corriente de sus deseos.

—¿Tiene usted la licencia correspondiente? —preguntó el interpelado.

—Aquí está. Véala usted.

El pastor leyó el documento, y movió la cabeza negativamente.

—No los puedo casar—dijo—. Esta licencia ha sido expedida en el Estado de Illinois y no es válida aquí.

—Pero es que mi mujer, digo, mi futura, está aquí, en el tren.

—¡Ah!, ¿sí? Pues, mire usted: el tren no espera a nadie. Si no se da prisa, se va a quedar en tierra.

En efecto; el tren se ponía en marcha en aquel momento.

Harry echó a correr, pero los pastores reunidos en el andén formaron una barrera que le cerró el paso, perdiendo por su culpa el tren, para desespero suyo y de Marjorie, que no sabía qué hacer.

Harry buscaba un cura protestante; y al hallarlos por fin y a montones pensó que lo que abunda nunca daña... pero puede estorbar en ocasiones.

* * *

En tan apurada situación, Harry vió aterrizar no lejos de sí un aeroplano, y fué al encuentro del piloto, a quien expuso sus cuitas:

—¡Es indispensable que lleguemos a la próxima estación antes que el tren expreso!

El aviador no se mostraba dispuesto a complacer al oficial de la armada, por más oficial que fuese, y éste prosiguió, ofreciendo dar cuanto poseía:

—¡Mi futura esposa está esperándome en el tren!

Vencido, el piloto tomó por pasajero a Harry, y pronto se encontraron sobre el tren.

El ruido del motor del avión llamó la atención de Marjorie, que, instintivamente, pensó que Harry iba en él, para reunirse con ella en la próxima estación.

El vencedor de los aires cruzaba veloz el espacio y le ganó enorme distancia al tren, pudiendo ver, con indecible emoción, los que iban en él, el peligro que amenazaba a aquél, pues se había incendiado un puente.

Harry, previendo la catástrofe, dijo al piloto:

—¡Por lo que usted más quiera, regrese y avisemos al maquinista!

El piloto obedeció, y al poco rato, Harry trataba de ponerse al habla con el conductor del tren, volando el aparato a poca distancia de la locomotora.

Pero el maquinista creyó que los aviadores le invitaban a hacer una carrera para dejarle en ridículo, y dijo al fogonero, aumentando la velocidad:

—Vamos a demostrarle a ese pájaro que corremos más que él sin necesidad de ir por los aires.

Harry gritaba desaforadamente, pero no le oyeron.

Entonces, como último recurso, arriesgándose por la vida de Marjorie y la del resto de los viajeros, se deslizó por una cuerda hasta el tren en marcha, y gateando por la cubierta de los vagones, llegó a la máquina, comunicando al maquinista la grave noticia, pero era ya tan tarde, que no tuvo éste tiempo más que para parar el tren bruscamente junto al puente destruído por el voraz elemento.

La sacudida de la brusca inmovilidad de los coches, fué de lamentables consecuencias. Hubo muchos heridos, afortunadamente leves, y varios vagones sufrieron serios desperfectos. La máquina rodó hacia el abismo, hiriéndose los maquinistas y Harry.

Marjorie se hirió también, sin importancia, y al ver al aviador, que aterrizó junto al lugar de la desgracia, le preguntó por Harry.

—Iba en la locomotora—respondió el piloto, partiendo luego en dirección a la estación próxima para pedir un tren de socorro.

Marjorie, rogando al cielo que le devolviese a su amado Harry, gritó su nombre a todos los ecos.

Harry la oyó. Marjorie tendióle una cuerda para ayudarle a llegar hasta ella, y cuando se reunieron, abrazáronse temblando de alegría.

—¡Mi bien!

—¡Mi vida!

—Si hubieras muerto, ¿qué habría hecho yo sin ti?

—¡Y yo, hermosa mía!

Francine y el pequeño Harry se encontraban casualmente con un conocido que no les era indiferente, a juzgar por el interés que tuvieron en cerciorarse de que no estaba herido de gravedad. Ese "conocido" era nada menos que el original sujeto que bebía para



...y cuando se reunieron, abrazáronse temblando de alegría.

olvidar: ¡el marido de Francine y padre de Harry!

—¿Qué hacías en ese tren? — preguntó Francine.

—¿Y tú, por qué ibas en él?

Francine no contestó. Decididamente, el

Destino es muy gracioso: se complace en devolver a su cauce las aguas que se desvían, condenándolas a seguir su curso sin protestas. Y se reconciliaron.

Harry, en medio de su alegría ante la seguridad del amor de Marjorie, tenía un resquemor: ¡había perdido el buque!



...todos llegaron a San Francisco de California a tiempo para asistir a la boda.

Pero, todo lo puede una mujer, el amor se impuso a los demás sentimientos, y gracias al avión y al tren de salvamento todos llegaron a San Francisco de California a tiempo para asistir a la boda, bendiciendo la unión el pastor que los novios vieran subir al tren en Chi-

ago, que reveló su personalidad al enterarse de los deseos de casamiento de los dos simpáticos compañeros de viaje.

Y Marjorie y Harry vivieron muchos años en perpetua y amorosa discordia.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

Próximo número EXTRAORDINARIO:
SÁBADO 28 DEL CORRIENTE

La interesantísima novela

Monsieur Beaucaire

Triunfo personal del inimitable artista RODOLFO VALENTINO, al que secundan las bellas «estrellas»

Lois Wilson, Bébé Daniels y Doris Kenyon.

¡Magnífica presentación! ¡Derroche de buen gusto!

Reconstitución perfecta de la época de Luis XV

Asunto altamente sugestivo

Producción de la famosa marca PARAMOUNT

Programa Ajuria Especial

Gran éxito en el Coliseum a Barcelona

Postal-fotografía-regalo: NORMA SHEARER

No deje de comprar el mismo sábado día 28, esta gran novela. Numerosas fotografías Precio: 50 cént.